



MI VISITA A PARRA DEL RIEGO

Teodoro Rivero · Ayllón 

Ex docente Universidad Nacional Pedro Ruiz Gallo - Lambayeque

*A Nestor Tenorio Requejo,
cordial y admirativamente*

ERA A COMIENZOS DE 1916...

Primero en difundir el nombre de la «Bohemia de Trujillo», referido al Grupo «Norte», fue el poeta Juan Parra del Riego (1894-1925), quien nació en Huancayo, pasó su adolescencia marina en Barranco, y fue a morir, muy joven, frente al Río de la Plata, en Montevideo, donde los uruguayos lo consideran uno de los suyos.¹

El autor del celebrado «Polirritmo dinámico a Gradín», el laureado vate de los Primeros Juegos Florales de Barranco, visitó Trujillo en 1916, invitado por su hermano Domingo, quien era -en esos momentos y por algún tiempo- contertulio de los de «Norte».²

Aparece Domingo en una conocida fotografía, junto a Vallejo, con bastón de empuñadura de plata y corbatita «michi». Sobre su hombro, se posa una fina mano «aristocrática», la de un joven -a ratos silencioso y tímido, a ratos muy expresivo y osado-, de tez pálida, de breve estatura, de bigotito rubio y ojos azules: Antenor Orrego.

El ambiente es bucólico. Al fondo se ve -o se adivina- unos árboles de ancho tronco, a cuya sombra parecen protegerse de los últimos estertores del verano los once personajes de la foto: José Eulogio Garrido, Juvenal Chávarry, Domingo Parra del Riego, César Vallejo, Santiago Martín, Oscar Imaña. De pie, aparecen Luis Ferrer, Federico Esquerre, Antenor Orrego, Alcides Spelucín y Gonzalo Zumarán..

En cuanto a aquella visita de Juan Parra del Riego a Trujillo, recordará Antenor, años más tarde:

Era a comienzos de 1916. El grupo trujillano le acogió con calurosa fraternidad. Pronto ganó la simpatía de todos por su brillante talento, y, sobre todo, por la sencilla y efusiva cordialidad que era en él temperamental. Nos contagió su fervida admiración por el poeta francés Francis Jammes.³

Los del Norte sostuvieron, en efecto, con él, varias y animadas sesiones literarias, en que el poeta los fue aleccionando sobre la poesía eclógica de Jammes, que él les traducía directamente del francés. Le organizaron varios «ágapes» (tal llamaban entonces a los banquetes); y un recital en el teatro «Ideal» -el de moda-, a media cuadra de la Plaza de Armas, hasta el cual llegó el poeta, entre aplausos, seguido de una corte numerosa de admiradores.

Inició su recital con «Canto al Mar de Salaverry».

La talla, prócer. Amplia la frente, que coronaba abundosa y suelta cabellera. Recitó con elegancia, buena modulación y gestos acordes. Dominaba la escena. El público lo ovacionó de pie.

Poco antes de dejar Trujillo, puso en manos de Antenor -me lo conto éste- una breve selección de poemas de Jammes: eran versiones de Parra, al español, destinadas a las páginas literarias de «La Reforma», que Orrego dirigía.⁴

2

MAÑANA, CON EL ALBA

Los sueños de Parra del Riego eran aun mayores. Se lo confió a los contertulios trujillanos: quería viajar fuera, ampliar horizontes, conocer paisajes diferen-

tes. Impetuoso, soñador, aventurero, deseaba irse a ver hasta dónde es grande el mundo. Mañana con el alba, yo me iré madre mía, marcando mi secreto de sangre y de ironía. Sólo quiero partir, irme, no importa dónde...⁵

Y así, en los primeros meses del año siguiente -en 1917-, toma el barco y se va a Chile. Del Teatro de Barranco y el «Ideal» de Trujillo, daba un ágil salto al «El Ateneo» de Santiago, donde ofrece recitales, es aclamado por sus poemas, habla a los chilenos sobre el «Sentido de la música y la danza en las antiguas civilizaciones americanas».⁶

De allí, hacia el Sur, hacia las frías, andinas regiones antárticas, de los azules lagos y las florestas húmedas. Va a La Cantera -en medio del idílico paisaje del Valle de Elqui-, en busca de una joven maestra rural, que al año siguiente de haber triunfado el en los Juegos Florales de Barranco, había obtenido el primer premio en los Juegos Florales de Santiago de Chile, y un justo renombre en todo el continente: Gabriela Mistral, la de los bellos *Sonetos a la Muerte*.

Gabriela -espigada, ojos verdes, tez blanca quemada por los soles del Sur-, acababa de cumplir los 27 años, y aun no se reponía de su frustrado amor con con Romelio Ureta, el joven ferroviario, que luego se quitaría la vida por razones ajenas, simpatizó con el poeta peruano, y lo hospedó por un tiempo en su modesta casa del valle de Elqui.

Coincidieron mucho en poesía, intercambiaron versos, reían. Rubén Darío le había publicado a Gabriela alguno de estos poemas en la revista «Elegancias», de París, y escrito además una nota elogiosa que ella guardaba en un pequeño cofre...

Pero Juan soñaba con ver más mundo. Se fue a Tucumán, a Buenos Aires, a Montevideo...

Tras un breve retorno a Lima, para reponerse de la salud precaria y ver a sus hermanos, la emprende de nuevo: Montevideo le ha seducido, en particular. Le recuerda a Barranco: su adolescencia lírica frente al mar, la primera novia, el primer beso...

Montevideo es una ciudad que parece un nido. Toda se la podría pasear en dos horas; luego esa vista al mar por todo sitio... parece una obsesión azul. Uno se siente más íntimo y mira con ojos de novio a todas las cosas.⁷

Allí en Montevideo, que era una pequeña Atenas en contacto directo con Europa -con gentes de Europa, con libros de Europa-, conocerá días de gloria, y el Amor le sonreirá.

3

ARS LONGA, VITA BREVIS

Los nombres de los amigos que en Montevideo lo rodean y protegen -nombres estelares de nuestra Literatura-, rebazan las fronteras de la patria uruguaya a la que quedará él ligado por siempre: Carlos Sabat Ercaasty, Juana de Ibarbourou, Jules Supervielle, Julio Raúl Medilaharsu, Emilio Oribe, Alberto Zum Felde, Luisa Luisi...

Está satisfecho allí.

Siente que ése es el medio en que podrá desarrollarse a plenitud, y dar cima a su obra. Así se lo escribe a sus amigos de Lima y a los de «la cara Bohemia de Trujillo».

Cumple en Montevideo intensa labor, con breves paréntesis en algún hospital, según lo reclama su precaria salud.

Colabora en diarios y revistas.

Viaja por el país:
peñas,
tertulias,
café de moda.

Vida noctámbula y risueña, a veces, con fríos vientos que soplan desde el mar, o desde los Andes nevados en invierno.

Pero vuelve a la faena que le aguarda. Lee en francés, en español... Trabaja infatigable.

En su biblioteca, sobre los libros en desorden, a la vista, un viejo proverbio latino: «*Ars longa; vita brevis*»...

Sí, largos y sinuosos son los caminos del Arte. Y la vida?, apenas el sueño de una noche de verano...!

Y en noches de verano o de invierno, trabaja. Trabaja, siempre. Traduce *El hombre de la pampa* de Jules Supervielle. Escribe ensayos para la *Antología de poetas americanos*: Delmira Agustini, Gabriela Mistral,

Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou...

Escribe notas críticas sobre José Santos Chocano,
sobre Sabat Ercaasty,
sobre Julio Raúl Mendilaharsu.

Invitado por Battle Ordóñez, ingresa en la arena política: se inscribe en el Partido Colorado.

Nervioso y vibrante, se enfervoriza con las noticias del movimiento juvenil reformista que ha estallado en Córdoba,

y con la actitud viril y aleccionadora que, con los estudiantes de la Universidad y los obreros de las fábricas, cumple en Lima su amigo trujillano, Víctor Raúl Haya de la Torre.

Quiero, como poeta -dice Parra del Riego-, ser para la América algo más que un lírico joven que va con su ramo de palabras bellas; quiero ser una fuerza social, exaltar todas las formas vencedoras; cantar, por ejemplo, al ejército argentino un día de parada, recordar las siluetas latinas de los héroes... los grandes acontecimientos cívicos; las muchedumbres resonantes del fútbol, las carreras y los gimnasios, las tardes de regatas y la olimpiada modernista de los automóviles y las motocicletas por las avenidas ciudadanas...»⁸

En 1922 está en Brasil. Asiste a las Olimpiadas de Río de Janeiro. Pero, entre el jolgorio, las bombardas y las luces de colores de las fiestas del centenario de la Independencia brasileña, afectado por una seria infección intestinal, pasa varias semanas en el Hospital de la Santa Misericordia.

No bien se recupera, y ganándole tiempo a la Muerte, que ya le ronda próxima- se va a Europa: Portugal, España, Francia, Bélgica, Holanda... Se establece en París, huésped de Jules Supervielle.

4

SANGRE, EN PARIS

Que bello era París: Montmartre,...! la Basílica de

Sacre Coeur...! Moulin Rouge...! Las alegres noches de bohemia en la Place Pigalle...!

Le atrae el sino trágico de un poeta coterráneo, que murió allí, en París, joven, arrollado por el metro; y, con un ramo de rosas blancas, se va un domingo a la Estación «4 de Setiembre».

Allí, en efecto, el 14 de diciembre de 1907, Jelil -José Eufemio Lora y Lora-, a los 23 años, en flor de juventud, moría bajo los hierros del metroplano de la Ciudad Luz.

Como la suya, había sido una vida por igual bohemia y viajera. Y, murió en París, anonimamente, sin que pudiera publicar siquiera los versos que llevaba todas las noches a los cafés o a las tabernas de la rive gauche para leerlos a otros bohemios como él, y que -solo a su muerte-, Ventura García Calderón y José María Vargas Vila, publicaran, en 1908, por Garnier Hnos.

Había muerto el pobre poeta, como en aquel verso suyo, profético, en que reclamaba a Dios piedad:

*Y para el pensamiento que en la Noche
sin bordes de la Nada, quedo preso,
antes de hablar su verbo cristalino,*

*como la flor helada antes del broche,
como el amor extinto antes del beso,
como el canario muerto antes del trino...*

Si, París era bello. pero tenía sus reveses. Y allí en París, tuvo el mismo una nueva recaída. Esta vez con fatídicos signos de sangre...!

Los fríos parisinos no le sientan bien, y se va a España, en pos del sol y la riante luz de la meseta castellana...

Pero le atenaceaba, le muerde el recuerdo de una mujer: Blanca Luz -Blanca Luz Brum Elizalde-, una linda adolescente de Montevideo, cuya risa le seduce, tanto como los versos que ella también le escribe.

En las frías noches de París, evoca esa risa inolvidable:

*Duendes con campanillas
que ventaban del mar,
fresco como la luna,*

*su corazón salta
a jugar...*

*Duendes que se volvían
de repente a la mar...*

Abrazado a esta ilusión, aborda la primera nave que sale para América, cruza el Atlántico, y vuelve a las aguas amigas y queridas del Río de la Plata. En Montevideo, la Comuna ha convocado a un concurso poético. Lo gana con su «Canto al Carnaval», que, entre aplausos, y al iniciarse el desfile recita, vestido de frac, al pie del monumento a Artigas:

!Libertad maravillosa de la risa,
la ciudad corre en las ruedas de colores, Carnaval!
Ya en plazas y torres, ventanas y esquinas,
saltando como una niña la luna
cuelga los teléfonos de las serpentinas
para tu furiosa fiesta universal...

!Columpios de risas! !Arboles de amores!
Los novios calientan la noche con su corazón.
Ya aquél ha corrido por un frac... !va pálido!
Rosada de sueños,
ella piensa en algo furtivo y fantástico
que sólo esta noche podría pasar...
.....⁹

Con el monto de ese premio va a la joyería más elegante y compra un lindo anillo de brillantes con que regala, gentil, a Blanca Luz.

Se casaron el 26 de febrero de 1925, tras la publicación de su libro *Himnos del cielo y de los ferrocarriles*. Fue madrina de la boda, la poetisa Juana de Ibarbourou, la aplaudida «Juana de América».

5

BLANCA LUZ, EN SU ISLA...

Tuve la suerte de conocer a Blanca Luz, en Chile, en el verano de 1963. Volvía yo en el «B. A. Pinto» de una larga travesía marina a la Isla de Pascua, la isla -entonces- más feliz y solitaria del mundo.

Hicimos alto en Juan Fernández, la isla de Robinson Crusoe. Blanca Luz estaba allí: La vi primero recibiendo el día, de pie, sobre el puente de la nave, con su chal lila que la brisa agitaba, con esa aura de ausencia, de elegancia, de misterio...

Después, con Juan Sepúlveda y su esposa -amigos de Blanca Luz-, recorrimos las célebres grutas de Robinson, y cenamos una tarde frente al mar, esas langostas -de las más sabrosas de la tierra-, rociadas con los zumos exquisitos de los mejores viñedos de Chile.

Sepúlveda le refirió que venía yo también del Perú, que era escritor y que Cannut de Bon me había llamado en las páginas de «El Mercurio» de Valparaíso, «un apasionado de Chile».

- Ya Ud. sabrá, sin duda, que Juan amaba asimismo mucho a este país... Es ésta su primera visita?... Lo fue también para Juan... Aquí recibió los primeros aplausos internacionales de su vida, ocho años antes de ir a Europa, y de volver para morir -muy joven-, en mi patria uruguaya... A pesar de cuanto sufrió, era un hombre muy optimista. Allí están sus poemas, sus polirritmos dinámicos... Hablaba siempre de Energía, de Pasión, de Voluntad, de Instinto, de Valor, de Salud, de Alegría... Así con mayúsculas... Ésas eran sus palabras!

Viene usted de Trujillo? Linda ciudad...! Juan me conversaba mucho de ella, y de los jóvenes poetas que lo recibieron y trataron tan bien, poco antes de que viniera por acá... Me hablaba con mucho cariño de la Bohemia de Trujillo... Hacía recuerdos de Vallejo, de Antenor Orrego, de Victor Raul... Éste era muy amigo de sus hermanos, sabe?, de Domingo y de Teresa... A Teresa la visitaba con frecuencia en Barranco...

Discreto en las preguntas, quise conducir sus recuerdos, sobre todo, hacia los días finales del poeta, que murió en sus brazos, en Montevideo, la noche del 22 de noviembre de 1925.

- Sí, yo recibí su postrer suspiro; yo enjuagué sus lágrimas últimas... Yo vi cómo de pronto sus manos se iban poniendo rígidas; rígidas, como si quisiera recoger para dárme las -lo había hecho tantas veces en nuestros paseos!- las últimas azucenas de esa primavera de noviembre... Entonces, el mundo todo se me vino encima...! Nuestro hijo, que él no pudo ver siquiera, tenía apenas sólo seis días de nacido ...!

Me contó Blanca Luz que las últimas palabras del poeta fueron: «Muero en mi Ley!».

Semanas atrás, ya herido de muerte por la tisis -la faz cadavérica, la voz cavernosa, los vómitos de sangre-

había iniciado una gira de recitales pagados, por varias ciudades del Uruguay. Tuvo que interrumpirla. Un tren especial lo trajo de urgencia de Artigas a Montevideo. Una ambulancia aguardaba para conducirlo directamente al Hospital Militar. Sería el último.

Ante la proximidad de su fin inevitable, no había querido el poeta que el niño que le iba a nacer a Blanca Luz quedara desprotegido ante el mundo!

!Murió en su Ley!

6

POR UNA CALLE DE MONTEVIDEO

Cinco años después de haber sido el destinatario de estas evocaciones tristes, viajé a comienzos de 1968 al Uruguay.

Visité en Montevideo, no lejos de la aduana, la calle de Ituizangó, donde se alzaba la romántica «Torre de los Panoramas» del gran Herrera y Reissig, uno de los dioses del Pantheon lirico de los bohemios trujillanos; y, una mañana después del desayuno en la terraza del hotel, paseando por las inmediaciones del parque «José Enrique Rodó», di de repente con la calle que lleva el nombre de Juan Parra del Riego, donde está la casa del poeta, y donde el aeda peruano tiene un monumento, que en el Perú no le hemos erigido todavía.

Ante ese parque solitario tan familiar a Juan y Blanca Luz; ante esas mismas calles por donde solían discurrir en los atardeceres disfrutando de la brisa marina, cuando ambos eran felices -fugazmente felices!-; ante esas azucenas de candor que él recogía para ella con amorosas manos, se me vinieron a la memoria los versos de novios que Juan le dedicó, versos que, a instancia mía, ella me los dijo una tarde, con argentino acento, frente al mar de la isla donde nos conocimos:

Sonidos de palomas besándose a la luna
me has dejado en la boca.

Panales de alegría delirante y salvaje
me has dejado en la boca.

Corazones de niños colorados y puros
me has dejado en la boca.
Campo con su alegría de chivos y campanas
me has dejado en la boca.

Tu palidez terrible y azul como mi muerte
me has dejado en la boca...

